

Pecados y luz

El pasado miércoles sonó mi móvil mientras paseaba escandalizado por una novela de David Leavitt. Me detuve justo en el momento en que relataba en primera persona una cita con un estudiante de la UCLA, mormón y con novia, que para conseguir una buena nota, había decidido cometer el abominable pecado de entregar su cuerpo a los deseos de Leavitt a cambio de un buen trabajo sobre Jack el Destripador. Me quedé en esta frase del aterrorizado mormón:

“En la Iglesia tenemos una concepción muy clara del pecado. Así que siempre he dado por sentado que si alguna vez cometía un pecado grande de verdad, como el que estamos cometiendo ahora..., no sé, se oiría un trueno y Dios me fulminaría o algo así. En vez de eso, estamos aquí sentados en este patio y brilla el sol. La hierba está verde.”

En el móvil oí la voz de una amiga.

“Me he acordado de ti al pasar volando por encima de las montañas. El cielo tiene un azul indescriptible y veo ríos que parecen hechos con ese papel que utilizábamos de pequeños para simular agua en los belenes. Me han entrado ganas de llorar.”

“¿Dónde estás?”

“En un avión particular. Yo me he vestido porque tenía frío y me he quedado mirando por la ventana. Los demás siguen desnudos y se han dormido.”

“Prefiero que me sigas contando lo que ves por la ventana.”

“Pues te sorprendería la belleza de los colores que la luz del sol pinta en la piel de algunas chicas. De verdad que es como un sueño.”

Seguí leyendo a Leavitt, escandalizado, recordando a mi amiga, más escandalizado aún, y fue una frase que podría haber escrito Nietzsche la que me operó las dioptrías:

Los esquemas moralistas impiden ver la gloriosa obra de arte que es el mundo.